

HOMILIA – CUARTO DOMINGO DE CUARESMA – CICLO C
Eucaristía - Cofradías de Jerez de los Caballeros – Templo de San Miguel

Queridos hermanos sacerdotes, estimados señor Alcalde y presidente de la Junta de Cofradías, hermanos y hermanas cofrades.

Damos gracias a Dios nuestro Padre en esta ocasión de encuentro fraterno entre nosotros, entorno a la mesa de la Palabra y sentados en la mesa de la Eucaristía. Mesa abierta a nuestras vidas y a las vidas de nuestras hermandades y cofradías.

Estamos alegres al poder afirmar que nuestro ser cristiano se conjuga en la vida y en la celebración de la fe, que ha de formar parte de nuestra misma vida. Por eso nos decía nuestro arzobispo diocesano, en el encuentro anual con las Hermandades y Cofradías, que quien aspira sinceramente a ser un buen cristiano, debe pensar su sentido de pertenencia a una asociación o cofradía cuya identidad eclesial y cuyos valores evangélicos asume como propios. Seremos, en esta realidad jerezana, buenos cristianos cuando participemos de la vida de la Iglesia y en lo más sagrado de la misma, que es la Eucaristía del domingo.

Seguramente encontraremos dificultades de diversos tipos: no tener tiempo en esta sociedad del estrés, disponer de un día a la semana de descanso en lo ajetreado del trabajo, no entender bien la misa, o su falta de atractivo, ¡posiblemente muchas más! Pero esto no quiere decir que no haya que esforzarse y plantearse abiertamente que la vida cristiana se alimenta en lo que hacemos y vivimos: trabajo, familia, amistad, descanso, celebración de fe, si nosotros damos importancia a todo, también tendremos que darle valor a nuestra celebración eucarística.

Y esto es lo que hoy estamos intentando vivir, celebrar juntos, como hermandades y cofradías, lo nuclear de nuestra fe, escuchar la Palabra de Dios, participar en la oración y en la acción de gracias de nuestra vida de hermanos y cofrades, y alimentarnos de Jesucristo, pan de vida, para el camino de cada día. Queremos ser cauces de unidad, de testimonio cristiano, cauces de comunión con los demás y con la comunidad cristiana de Jerez, acogiendo y dando gracias al Padre por la singularidad propia de cada una de nuestras cofradías, y por cada una de las personas, aquí presentes, que son merecedoras de las distinciones que vais a entregar en esta celebración.

Pero profundicemos en este domingo cuarto de Cuaresma en la misma Palabra de Dios que se ha proclamado en la asamblea. Nos hemos encontrado con un Jesús que predica abiertamente la misericordia y la compasión del Padre y cómo las personas, en este caso el hijo pródigo, vuelve sus pasos, desanda el camino, hacia lo fundamental de su propia vida.

Podemos mirar más y mejor las actitudes y los valores de los personajes de la parábola y ver que nos miramos, en muchas ocasiones, en nuestro propio espejo, máxime si lo hacemos desde nuestro ser cofrade: nos centramos en ellos.

El Hijo pródigo abandona el propio hogar en busca de aventura. Abandona el hogar materno – paterno y sale en busca de sus propios gustos o intereses en el mercado del mundo donde todo vale. Despilfarra, gasta, compra, no valora, se arruina, y medita sobre su vida. Nosotros, a veces, nos vamos del mismo hogar materno (nuestra iglesia, nuestra comunidad cristiana) o paterno (la misma fe en Dios Padre) cuando nos alejamos del verdadero sentido de nuestro ser cofrade, cuando nos olvidamos de la formación cristiana, de la celebración de la fe y del ejercicio de la caridad; y, sin darnos cuenta, buscamos prestigios, intereses, aplausos, valores económicos, en realidad caemos en construir ídolos a nuestra imagen y semejanza.

Pero en la parábola también está el Hijo Mayor. El que se considera mejor que los demás, el cumplidor que no mira más allá de sus quehaceres, el que piensa que se lo merece todo, Un cofrade puede ser un Hijo Mayor cuando se considera a sí mismo como imprescindible, cuando nos creemos autosuficientes con lo nuestro y sólo vivimos para tener y acumular, o cuando miramos por encima del hombro a los demás.

Creo que en nuestra vida cristiana y cofrade necesitamos cambios de actitudes y hacer una vuelta a los valores del Padre que se concretan en auténticos valores cristianos:

- Vivir la Gratuidad en lo que hacemos y vivimos, buscando siempre el servicio a los demás y el respeto a las diferencias; a nadie se le obliga a nada, pero sí nos orientamos entre todos con respeto y con cariño. El Padre dijo al hijo, ... “ *hijo, todo lo mío es tuyo*”.
- Ejercitarnos más en la paciencia. No todo lo que queremos hay que tenerlo y no todo de golpe, o a golpe de talonario. Lo único importante son las personas y si Dios es paciente con nosotros, deberemos acudir todos los días al encuentro con Dios y con los demás. Aquí está el auténtico tesoro de la vida cofrade.
- Practicar el perdón, la misericordia y la acogida con todos, y especialmente con las personas que tenemos más cerca de nosotros. Las cofradías han de ser auténticas escuelas de fraternidad, sabiendo acoger y respetar que todos somos diferentes, pero intentando construir la unidad. El Padre salió de la fiesta tras acoger al pequeño e intentó convencer al hermano mayor para seguir siendo una familia, ... una fraternidad. “ *Este hermano tuyo ha vuelto a la vida, lo habíamos perdido y lo hemos encontrado*”.
- Saber compartir, saber acoger, saber mirar el corazón, estar dispuesto a recobrar la amistad y la paternidad, servir con el corazón y con la vida, ... “ *vestidlo, colocad un anillo en sus manos, sandalias en sus piés, ...*” y así

vivir el don de la caridad con el pobre, con el enfermo, con el que está sólo, con el último de la fila. Lo podemos traducir entre nosotros, con la persona que se ha quedado viuda y vive la soledad en nuestra cofradía, con el que vive una depresión, con el parado o el costalero que se encuentra enfermo, con el padre cofrade que mira a su hijo sin ilusiones y casi sin futuro. Aquí debemos vivir el servicio caritativo, acogiendo, acompañando y mirando con la mirada de un Dios Padre que nos lanza hacia delante en la vida.

- Y disfrutar con la celebración y con la fiesta, invitando a otros a entrar, abriendo estos momentos gratuitos a todos. El Padre invitaba y animaba a celebrar, *“matemos el ternero cebado y hagamos fiesta, ... lo hemos recobrado vivo y con salud”*.

¡Qué evangélicas, eclesiales, religiosas, humanas y por supuesto cristianas, miradas, desde aquí, serían nuestras hermandades y cofradías! ¡Qué apuesta más honesta y honrada se haría a la Iglesia si lo viviéramos todos juntos! ¡Qué Iglesia más diferente construiríamos entre todos, con las aportaciones de cada uno y mirando las necesidades de los demás, especialmente de los más pobres!.

Nosotros, los sacerdotes de nuestra comunidad parroquial, pensamos que hay que caminar hacia aquí. Por eso, agradecemos el signo a la Junta de Cofradías, representación máxima del sentir cofrade jerezano, de entregar lo más querido de cada cofradía a las personas o colectivos de las mismas, en el marco de la celebración más sagrada de la Iglesia, como es la Eucaristía, centro y cúlmen de la vida cristiana, porque en ella somos invitados a recibir y celebrar lo que nos identifica a todos: Jesucristo y su santísima madre, la Virgen María.

Por eso, agradecemos el gesto y animamos a revisarnos entre todos para fortalecer nuestro ser cristiano, no perdiendo el norte, ni vivir una semana santa al margen de la fe cristiana porque la podemos perder para siempre, y valorar entre todos, los esfuerzos, las ilusiones, la fe, las hermandades y cofradías, la comunidad parroquial, mirando siempre el horizonte: crecer y madurar cristiana y eclesialmente en la vida de cada uno y en la vida de cada ser cofrade.

Que el Santísimo Cristo de la Vera Cruz, que preside esta celebración, nos impulse a valorar el mensaje del Evangelio, para ver reflejada en nuestra vida comunitaria, cofrade y personal, las huellas de Cristo que nos invita a seguirle a Él por los senderos de la fraternidad, de la gratuidad y del servicio desinteresado.

Y no olvidemos que la procesión comienza, al igual que la misa, cuando se cierra la puerta y se marcha uno a casa. Ahí comienza el compromiso cristiano de lo vivido y celebrado, nos animamos a celebrarlo y por supuesto, a vivirlo, o a comenzar a sentirlo, para seguir transformando nuestras vidas en el mensaje del evangelio que nos dice: “ Ven y sígueme”.